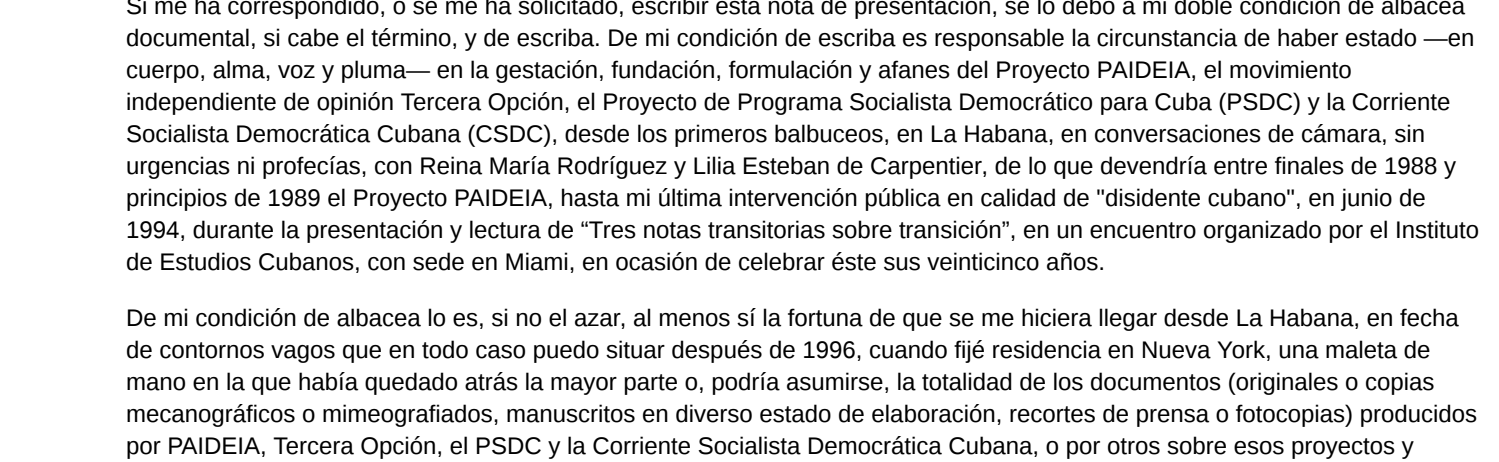


Fragmentos griegos, imanes persas
(Reflexiones desde una vida trunca)

ROLANDO PRATS-PÁEZ

Truth is real, regardless from the illusory belief that from the figures of the unreal one day, in spite of all, real deliverance will come. Theodor W. Adorno-1-

Hassta donde sé, suposición en cuyo envés crepita la certeza, es ésta la primera vez que se reúnen estos documentos en semejante número y con tal doble potencia; por un lado, ponerlos a disposición de público tan amplio como pueda tener la revista que los acoge, *Cubista Magazine*, a cuya iniciativa y patrocinio se debe este primer archivo en línea de una parte de la documentación de PAIDEIA y Tercera Opción; por el otro, propiciar los proyectos en torno a las circunstancias, actores y acontecimientos que dieron origen y en los que encarraron esos dos proyectos; por acontecimientos habría que entender aquí, valga precisarlo, todo lo inscrito, y de lo que se preserve trazo, recuerdo, huella, entre aquellos actos y sus circunstancias de entonces, desde los propios documentos que aquí se presentan hasta lo que no pueda recordarse sino como nota al pie, sombras al margen, memoria fugitiva, deriva atómica.



Si me ha correspondido, o se me ha solicitado, escribir esta nota de presentación, se lo debo a mi doble condición de albacea documental, si cabe el término, y de escucha. De mi condición de escriba es responsable la circunstancia de haber estado así—en cuerpo, alma, voz y pluma—en la gestión, función, programación y afanes del Proyecto PAIDEIA, el movimiento independiente de opinión Tercera Opción, el Proyecto de Formación y Afanes del Proyecto PAIDEIA, el movimiento Socialista Democrático Cubano (CSDC), desde los primeros bañucos, en La Habana, en conversaciones de cámara, sin urgencias ni profecías, con Reina María Rodríguez y Lilia Esteban de Carpentier, de lo que vendría entre finales de 1988 y principios de 1989 el Proyecto PAIDEIA, hasta mi última intervención pública en calidad de “disidente cubano”, en junio de 1994, durante la presentación y lectura de “Tres notas últimas sobre transición” en el encuentro organizado por el Instituto de Estudios Cubanos, con sede en Miami, en ocasión de celebrar éste sus veinticinco años.

De mi condición de albacea lo sé, si no el azar, al menos sí la fortuna de que se me hiciera llegar desde La Habana, en fecha de contornos vagos que en todo caso pudo situar después de 1996, cuando fui residente en Nueva York, una maleta de mano en la que había quedado atrás la mayor parte o, podría asumirse, la totalidad de los documentos (originales o copias mecanografiadas o mimeografiadas, manuscritos en diverso estado de elaboración, recortes de prensa o fotocopias) producidos por PAIDEIA, Tercera Opción, el PSDC y la Corriente Socialista Democrática Cubana, o por otros sobre esos proyectos y agrupaciones. Además de papeles personales misceláneos en directa u oblicua, o de mera contigüedad, con tales esfuerzos y reflexiones en el ámbito en que intersecan —cortejándose, enemistándose, negociando *ad aeternum* sus competencias, cotos privados, promiscuidades, o pretendiendo ignorarse, dándose las espaldas sin dejar de mirarse de reojo —, lo que el público o la conveniencia, o la mera imposibilidad paradigmática, llaman “cultura” (literatura, arte, vida académica, turismo, ocio) y “hablita”: administración de la cosa pública o mero juego, y su teatro, en pos del poder; exactamente qué poder y para qué, y hasta cuándo, deviene entonces —en gesto intrínseco a la relación tributaria en que la política subsume a la cultura, tanto como a la relación especular en que la cultura vive, subsidiada, de la política— pregunta académica, entre cuyas respuestas algún interés creado o natural dicta que no quepa, a su vez, otras preguntas, aquellas que volverían asacuradas el debate, y el matrimonio de conveniencia que lo sostiene, al revelar la impertinencia de los propios términos en dicho: ¿Qué significa, qué puede significar “cultura”, como *participación*, sino carencia y redundancia? ¿Cómo empezar a hablar, así y la cultura sin, por lo mismo, haberse ya situado en su exterior, en esa parcialidad desde la que, precisamente, se quiere invocar la totalidad —*desiderátum* o falsa memoria— para trascender la escisión histórica, y *cultural*, entre política y cultura, cultura y vida?

Antiguo escriba devenido albacea y, al final, reencarnado de nuevo en escriba, esta vez sin ciertas ventajas, materiales o intangibles (computadora, procesador de texto, impresora, correo electrónico, Internet, Google, diccionarios, enciclopedias, papel en abundancia, además de la libertad de hacerlo sin posibilidad alguna de extravasarse, por accidente o voluntad, en heroísmos, marginalizos, ridículos), aunque en ejercicio con melancolía y desazón no menos penante: la de quien sospecha, al volver a copiar, *ditigalizando*, como un *tabernáculo* que se confesase a un envite nevotiano: la de gracia —palabra por palabra, línea por línea, errata, tachadura, corrección, anotación, por entre los renglones de esas palabras, opacas hoy, ayer baldías, lo inefable le sigue susurrando a lo ventrícuolo: “Os sacaré los ojos y os serviré de perro y de bastón.”-2-

Se publican acá, por ahora, en separata que toma en préstamo el título de estas notas —además de las contribuciones individuales especialmente escritas para la ocasión por fundadores, miembros, colaboradores o testigos directos de los dichos y hechos de PAIDEIA *et al* (véase “Arqueología del no saber: intelectuales y política en Cuba, 1989-2005” y más de una docena de colaboraciones críticas compiladas por Ildalía Morejón Amaiz para la sección Utopista de esta publicación)—, una veintena del más de un centenar de documentos que obran en mi archivo personal, entre documentos gramáticos, declaraciones, intervenciones, cartas, propuestas (“proyectos”). Razones no tanto de espacio como de tiempo y costos imponen límites, provisionales o sensatos, tanto al número y tipo de documentos de archivo (no forman parte de esta muestra, por el momento, artículos, entrevistas, apuntes varios, inéditos la mayoría, escarados en publicaciones periódicas otros), como al de contribuciones individuales a la lectura, comentario y crítica de los mismos, de sus autores, circunstancias, presupuestos, consecuencias. Provisionales, porque *Cubista* se ofrece con generosidad pero también con perspicacia que endeudará todo esfuerzo similar —simultáneo o consecutivo, en lo que se refiere a la recopilación, clasificación, procesamiento y publicación de las fuentes documentales y a su interpretación historiográfica o crítica— a mantener abiertos a nuevas contribuciones tanto el *dossier* como la separata; pensados, porque quien en su momento quiera consultar y reproducir *la totalidad* de las fuentes documentales del caso, veniatos, porquias u o inéditas, que se consideren relevantes desde el punto de vista histórico y cuya utilización con fines de conocimiento público, cuando se trate de documentos no originalmente concebidos con ese propósito, sea debidamente autorizada, podrá hacerlo en el sitio en la Red www.paideiapapers.com, cuyo lanzamiento oficial será oportunamente anunciado y cuya misión esencial será la de “contribuir a la preservación de un legado documental escogido sin el cual toda historia de los movimientos intelectuales y políticos de la sociedad cubana desde finales de la década de los ochenta sería al menos incompleta.”-3-

Va de hoy, entonces, que la iniciativa de *Cubista* y, en particular, de Néstor Díaz de Villegas de publicar este dossier y su separata es una ocasión más que propicia para invitar a toda persona o institución interesada que pueda hacerlo a contribuir a dar cumplimiento a la declaración de propósitos de los referidos archivos permanentes en línea (www.paideiapapers.com).

II
He vuelto a leer, a tratar de leer, por primera vez en al menos diez años, y con extrañeza mayor que la anticipada, «Paideia: Proyecto de promoción, crítica e investigación de la cultura» (octubre de 1989, «a los seis de mayo» (mayo-agosto de 1990), «Tercera Opción. Una alternativa democrática por la independencia económica, la soberanía política, la justicia social y los derechos del hombre» (septiembre de 1990-junio de 1992), artículos —de otros o míos, publicados o inéditos—, declaraciones, entrevistas, propuestas y proyectos (de un coloquio, una revista, un ciclo de conferencias, un centro de estudios), cartas (privadas o públicas, inconclusas algunas, otras sin firmar), recortes de prensa... Trato de leer de corrido, pero me interrumpo más de lo que me dejo llevar, la curiosidad o la nostalgia imaginadas, desasadas... Termino por ceder, con prontitud mayor que la anticipada, a la inapetencia; el hastío, el desapego, la inquietante extrañeza ante tanto encono, en el habla, contra lo que se amaba o decía amarse en la lengua.

Ganas dan, inmediatas, de escribir esta frase (‘nuestra vida cultural aparece signada por nuevos sujetos y nuevas (y viejas) contradicciones’)—¿De qué vida sin cultura se habla aquí, de qué cultura sin vida, de qué cosa compartida, “nuestra”, constantemente en disputa? ¿Cómo se pudo perihelicar la existencia por el habla, tan olvidada por la lengua, enconstrado por la instantánea necesidad de correspondencia entre el verbo de lo real y la inobediencia del lenguaje?— ¿de suprimir aquellas palabras o la cultura, alterando la gestión del Ministerio de Cultura en la esfera de la cultura artística y literaria?—¿La cultura, alterando hasta más no poder, parcelada hasta el barbecho, maniatada en objeto de administración, es desizada, mejor, atibaldada en aire para inflar globos, de inhumar los restos de lo que fuera Borrard y hoy es retinida, de borrar toda huella del tránsito de una fundación textual, o, en su defecto, incluso, volcarlos a Pierre Menard, replicar, castigar, por no poder, signo a signo, o, en su defecto, texto a texto, como yo arañar en los, como yo arañar en referir, lo que fue contrabando y es hoy, con frecuencia mayor que la anticipada, referencial, de excorizar, en fin, en el sacrificio de lo que representa a lo real, la persistente sensación de que a vez lo que define a esos textos, y a los actores, conflictos y circunstancias de los que fueron, y siguen siendo, aborto y sombra, es su anacronismo precoz, su puerbería sin infancia, la inconsonante desigualdad de su cartografía.

III
“Vida cultural”, “Instituciones culturales”, “política cultural”: tautologías que termino por debatir su inevitable oxímoron. “No pertenecemos a quienes pertenecer a otra cultura que no sea la cubana”, lo dado haciendo alarde de esfuerzo de lo volitivo. Dado pero imposible: ¿pues cómo *pertenecer* a lo que que se es? Inútil: como si el tiempo no pretendiese pupila. “Totalidad”, “representatividad”, “legitimidad”, “intelectualidad”, “relaciones”, “praxis creadora”: palabras que se vuelven, a fuerza de estratarse, de endurecerse, palabras clavo, prestas a ser remachadas a cada hueco que abran las aporías: si “todo es historia” —y todo, ciertamente, lo es—, no hay otra totalidad que la atibada, y dejada ir: el fragmento: su historia salvación tiene su pórtico en esa distancia elástica pero constante. Tenemos un complejo de paridad: Si contar una historia es, también, continuarla (que la ficción literaria se ocupe de contar desde el pasado que remeda), ¿cómo revivir ahora, siquiera como *docudrama*, el espíritu de los tiempos sin traicionar su doblez, su ambigüedad, sus dudas, sin trocar por axiomas sus atisbos, por claridades sus agonías? ¿Cómo evitar que no se vuelvan a confundir pedagogía y retórica, teología y liturgia, relectura e impaciencia? Tenemos un complejo de generalidad. La posibilidad de resistencia de lo que perfea, al tiempo, refracta, se extravió, perdiéndose, en el despropósito de una autarquía o terro. Negatividad derrotada por el espejo al que se acerca, furiosa, a redimir la imagen del envés: “Terreno de la cultura”, “terreno de la política”, “esfera”, “atmósfera”, “campo”, “campo de la creación y del pensamiento”... Toponimia escolástica y elástica, líneas de armisticio que, sin aviso ni solución de continuidad, se transforman en pasos peatonales. Estar en misa (“la cultura”) y en procesión (“la política”). Tenemos un complejo de inubicidad. “PAIDEIA: Proyecto de promoción, crítica e investigación de la cultura.” El discurso del método. Su precepto original, sin embargo, es su única posibilidad de redención, esto es, de vuelta a lo histórico como promesa, una que halla raíces en la memoria viva de nuestra imagen histórica, que es la forma herencial más resistente de lo cubano: la historia como imagen de su destino”. A lo que apuntó PAIDEIA es a la superación de aquello de lo que partía y en lo que, con sentimientos y hábitos encontrados, se quedaba: *la cultura*, una cultura de la que política, arte, literatura, pensamiento, discurso, praxis... no podían ni pueden ser sino parcialidades atrofiadas. A lo que apuntó PAIDEIA es a la apropiación (¿creación de la posibilidad?) de la unidad de la existencia, a la anulación de los dualismos mediante la imposición de cada término que nos anime. “PAIDEIA: Proyecto de promoción, crítica e investigación de la cultura”. Diecisiete años después lo que pareciera lastrar la posibilidad de nacimiento de una actitud, más que de una certeza, es lo que, entonces, dividí las aguas para emprender el camino de regreso... al exilio interior: la tan llevada y traída “Introducción”, que termino con prisa que andaba en zanco. Vuelvo a leer la llamada—por otros, con displacencia casi—, “parte práctica” del Proyecto: “Definición y objetivos”, “Pasos de trabajo”, “Final”: la mano de esa lengua es de trazo regular, cadencioso, preciso. Asintota que se acumula, con prosa firme en lo probado, cauteloso en lo abisal, en su incoincubación hacia una apertura tan radical y ambiciosa como la del más beligerante de los textos nacidos, abotados, de tanto parto prematuro, tanto, pero a la vez más ecuánime y modesta ante sus propios preguntas: “Atentos a esa tradición de tradición [la síntesis histórica que fue José Martí] en que “se pudo resolver la dolorosa unidad de etnicidad, espíritu de indagación y ejercicio de la libertad humana como valor supremo de la cultura”, pero al constante acbecho de nuevas propias secularidades. Abiertos a las insinuaciones de la práctica en lo social visible, pero en constante pugna con gramgásticas indistinciones entre los medios y los fines. Centrados en el hombre histórico, pero gravitando —desde su irreducible sustancia ética— hacia la tenaz (...), utopía de la unión de la justicia, la libertad y la belleza”. Quienes en la reunión del 4 de agosto de 1989 en el “Alejo Carpentier”, tras la primera lectura y discusión públicos del documento de maras, decidieron equivocados, por los firmes del Proyecto “sin la introducción”, tuvieron, acaso sin saberlo, razón, o la tuvieron por las razones equivocadas. ¿Habrá corrido otra suerte el proyecto sin la introducción? Probable, probable muy, pero yo no lo sé. Lo que se puede saber, aún, es que como se dijo, tantas veces, *diálogo* debió haberse dicho *carpetier*.

IV
Que la imposibilidad de escribir estos textos no nos prive, por ahora, de la coartada de relectos con el otro, como quien fuera a memorizarlos sin disputárselos ni su transparencia ni su opacidad, para así, recuperarlos en el momento en que no sea la desprendida de su cáscara —lo pensado por fuera— y se entrecruce, exonerada ya de otro deber hacia la lengua que lo habla o fáctico, a su sueño diatológico.

Esta forma, imponible exhaustividad de lo total histórico —de lo sucedido tanto como de lo contado, lo recordado, lo recreado hacia esa forma, crítica, que será al mismo tiempo supervivencia y olvido—, ante la totalidad imposito tanto como ante la posibilidad de “seguir extendiendo la necesaria contemporaneidad”-4- de los textos y las citancias que hoy aquí nos convocan (hechos *textuales*, textos de *circunstancia*), al menos se podría volver a los archivos, alcanzar una vez más las huellas, esto es, propiciar que los textos vuelvan sobre sus pasos, sobre sus pruebas los hechos. Aunque los nuestros sean tiempos de duda en los fundamentos, o en la mera posibilidad de lo primario o lo último, aunque los nuestros, otra vez, sean tiempos de rapidez y goria; ayúdanos —los que queramos sostener el sueño de lo imposible deseado, lo necesario *por* imposible—el fragmento, y resistamos, oicos al íman.

Ante la imposibilidad de releer estos textos con los ojos abiertos —no podría releerlos, así, sino Pierre Menard, rescribiéndolos, o mejor, reinscribiéndolos en la piedra de *destrucción* que se ha conungado—, en su momento, no, por ahora, dejar que se extravíen, incitados a abandonar la órbita en que hasta ahora han errado, en lo que —ilusorio— de contemporaneidad y en su momento, métrica, (de inerte *modernidad anacuada*) lo que quienes han permanecido callados los sospechan prusela literaria: *su anacronismo profético*—, o, por qué no, si no lo más generoso al menos lo más coherente con su orfandad, dejarlos donde están, donde *estén*—, es decir, allí donde se pueda seguir leyéndolos, pero no traduciros.

V
(Azares, orígenes, reencuentros, adioses. En el principio, como siempre, fue el azar... y el preámbulo, pues el principio está, casi reaparece, al final de los comienzos. Un día cuya fecha ya no podrá recordar con mayor precisión que la del año, 1988 (¿reparecerá algún rastro que no sea el de la mejor vida “de lejos” que se atribuye a la memoria en la vejez?), y la suposición de que en todo caso debió de haber sido durante su segunda mitad, Reina María Rodríguez, a quien me unían ya diez años de hábitos y afectos, me dijo que Lilia Esteban, viuda de Alejo Carpentier y directora del Centro de Promoción Cultural homónimo que se inaugurara en 1982, andaba en busca de ideas o propuestas que contribuyesen a reanimar y revitalizar las actividades de *extensión cultural* del Centro en su sede de la calle Empedrado, en La Habana Vieja, más allá de la biblioteca de que entonces podían tomarse en préstamo libros provenientes de México, España, Argentina... (sobre todo literatura contemporánea y sobre todo narrativa y ensayo) y de las tareas propias de la institución que se había emprendido en su objetivo esencial: promover el mejor conocimiento de la vida y obra de Alejo Carpentier. Así nació la idea de un proyecto con el nombre de PAIDEIA que, curiosamente, se acercó más a su vocación y propósitos en la más temprana denominación que de dicho proyecto se conserva, “proyecto general de acción cultural”, que en la que adoptó casi un año después —“proyecto de promoción, crítica e investigación de la cultura”-5-; ciertamente menos difusa pero al mismo tiempo más deudora de los límites (o su falta) y los que así se obligaba— y mantuvo hasta su disolución o *muerde natural* en lugar y fecha de los que, sospecho, nadie podrá ya dar cuenta. ¿Cuándo cesó de existir el Proyecto PAIDEIA? Que entre la pregunta y su respuesta ausente lo único posible sea, hoy, la primera, debería no sólo servir de explicación al hecho de por qué, a diecisiete años de distancia, PAIDEIA y sus espectadores parecieran con perfiles trunco pero aún distintos, que se proyectase más allá de la apacible sombra de su envés museable, sino también prevenir contra la tentación del gesto displicente que quisiera hacer pasar el tímido envión por palmada en el hombro. Que a tal pregunta no podamos responder, quizás y por ahora, sino con las presentaciones y comentario de estos documentos, podría comenzar a palisarse (responderse) con otra pregunta, otras, invertidas mismas: ¿Por qué no cesó de existir el tiempo de la pregunta (su *cuándo*)? ¿Por qué el fragmento que fue PAIDEIA sigue en busca de su íman? Pero 1988 era, fue, un año cualquiera y lo que ocurrió en ese año pudiese haber ocurrido un número impreso de años antes —en el 87 o el 82, quizás incluso en el 75 (salvo la circunstancia azarosa de que entonces el de Reina María Rodríguez habría sido un nombre apenas un poco menos reconocible, y el de Rolando Prats apenas un poco más desconocido)— pero ni un mes antes de cuando ocurrió, y me refiero aquí a julio de 1989, en que tuvo lugar el último de los “talleres” del Proyecto PAIDEIA en la sala de conferencias del “Alejo Carpentier” y en que en La Habana se vino abajo un muro primero que en Berlín. Después vino la reunión del 4 de agosto, fecha polifónica del nacimiento de PAIDEIA —fecha exacta y escueta, si existe alguna en su breve e inconclusa historia, en su finitud, su plauso y su reverbicación, que hoy continúa—, pues a partir de la lectura y discusión públicas (y las no menos públicas adhesiones, cláusulas retractivas, abstenciones, votaciones en el central del documento en que se “fundamentaba y volvía a lanzar” el proyecto, la lógica de los hechos subsumió la lógica individual de sus actores (su voluntad o su inercia, sus actos y sus actas) como si nuestra historia subalterna, la de un grupo más bien ecléctico y con **objetivos declarados** a vez exhaustivamente concretos y a no dudarlo, para la lógica institucional del país, abrumadora y **sosequeosamente** redundantes —pues ¿para qué existían esas instituciones, cuya única lógica, por demás, parecía nacer y morir en el hecho desnudo de su existencia?—, por ejemplo: “[...] las funciones de dos talleres de trabajo de carácter permanente adscritos a PAIDEIA —denominados LOGOS y POIESIS—, los cuales estarían dedicados, respectivamente, a: 1) la difusión, análisis, valoración, interpretación e investigación del pensamiento crítico y teórico en el campo de la cultura —de modo tal que el taller LOGOS devenga en sí mismo un módulo de centro de investigación de la cultura— y 2) la (re)representación, análisis y valoración crítica de obras y experiencias artísticas individuales o colectivas, fundamentalmente provenientes de las zonas experimentales y de vanguardia del arte y la literatura contemporáneas, de modo que el Taller POIESIS se pueda convertir en un espacio polivalente de experiencias socioculturales [...]”, así como con **aspiraciones insinuadas**, pero ello lenguaje, cualquier lenguaje, no habría ahicido sino sus insinuaciones, refractarias a la más directa lectura correctiva, y por ello mismo, aun más sospechosos: “Solo si asumimos visibilidad, en la conciencia de todos, los elementos naturales y diversos que concurren a integrar y discernir cualquiera de cultura, sería posible alcanzar, sin paridades perdidas a su ecuación histórica, la totalidad de su forma y su estado en ella lo inacabado y confuso, de lo esencial y definidor (...), como si nuestra historia secundaria no hubiere podido ya volar, en el viento de la historia principal, sino en piloto automático y en silencio: ¿quién que propusiese un diálogo desde una identidad fuerte (PAIDEIA, en sus condiciones, no podía ser sino un *proyecto original*, si no desde el punto de vista cultural) sí desde el punto de vista político y una representatividad débil (PAIDEIA no representaba sino su propia posibilidad) habría podido resolver la antinomia de integrarse, diluyéndose, para subsistir en una identidad heterónima pero diferenciable, por un lado, y, por el otro, resistirse a la inanimidad, prolongándose — para no cesar en el próximo hito entre unos ojos esquivos y unos ojos vivos— en la espacialidad abnómata de una temporalidad abstracta? Pero antes de la reunión del 4 de agosto vivieron, a mi casa (entonces en la calle 30, *pegado a la costa*, como se dice, en Miramar), Ernesto Hernández Busto, la única otra persona a cuya temeraria energía se hubiere podido deber, si no enteramente —a nadie se lo habría, —al menos sí decisivamente la voluntad de leer, en el cierre del *espacio cultural* (pero finito) del Proyecto PAIDEIA, la apertura de su *tiempo político*, y Radamés Molina, las palabras págnicas que, bajo el título de “A manera de introducción”, precedieron, *after the fact*, aquellas en las que se exponían, con lenguaje y propósitos que apenas diferían de las más tempranas formulaciones de PAIDEIA como “proyecto de acción cultural”, o, incluso, más tarde, como “proyecto de promoción, crítica e investigación de la cultura”, los “objetivos, tareas y programa” del Proyecto —el salto, y la fisura, son aún visibles; la continuidad entre las conclusiones que se anteponian (en “A manera de introducción”) y las premisas que hasta ese momento se habían tendido, o *verificado en la práctica* (tautología machacada como para recordar, recordarse, que no se trataba sólo de buenas intenciones o *malas entelequias*), *praxis institucional*, se dice en “Tesis de mayo”, deseo, experiencia y posibilidad derrotados no por lo tautológico sino por lo práctico— fueron redactadas, *apuradas*, en casa de Quisqueya Henríquez, mi casa (doble de entonces y en lo que, al igual que no me traiciona el deseo o la memoria, se produjo mi primer encuentro con Ernesto, visitante invitado pero bienvenido y, luego, en aquella misma terraza sobre jardines y huertos, o en lugares ahora imposibles de recordar, además de con Radamés, con Jorge Ferrer y César Mora. Todavía escuchaba a Ernesto dictándome, dictándonos, la frase, que me sigue pareciendo demasiado concisa para introducir tan grandes declaraciones, “Nuestra posición, en esencia, es la siguiente”, imponiendo, sin mayor resistencia entonces, obliterada después del vuelente de mantener a raya al habla cuando se quería o debía entrar en la lengua, las formas nominales de la enumeración —“Creienta insatisfacción y preocupación por la relación actual ...”, “Inconformidad con el margen real...”, “Rechazo a [esto y lo demás o lo más allá]—, construcción que sería lo primero que quería cambiar yo, si volviésemos a estar, ahora, en aquella mañana de julio, o en cualquiera de las otras mañanas o tardes o noches— en la calle 30 o en 25 y 0 (donde vivía Ernesto, en coincidencia histórica que me divertía y, a ratos, me asustaba), o en Brisas del Mar, de nuevo *pegados al agua*, en la casa en que vivían, parte de un tiempo que se fue haciendo cada vez más largo, Graciela Mateo y Omar Pérez López, y en la que se concibió, redactó, discutido, afinó “Tesis de mayo”, tal vez, de todos, el único documento, o en el que más, en que se acercó PAIDEIA al momento álgido, siquiera desiderativo, siquiera retórico, del equilibrio imposible entre sus antinomias (“pluralidad de saberes participativos”, “reversibilidad de las relaciones de poder”, “horizontalidad de las relaciones sociales”, “democratización de la cultura”, por un lado, y por el otro, “[una] vanguardia política [que participe] de la vanguardia epistemológica” y un concepto universalmente válido de cultura) y sus aporías (“crítica marxista de los marxismos”, “tradición marxista”, “tradición de un marxismo —el subrayado es mío); Omar Pérez López, la única otra persona a cuya no menos temeraria universalidad se hubiere podido deber, si no enteramente (a nadie se lo habría) al menos sí decisivamente la capacidad de *avizar*, en la apertura del *espacio político* (pero finito) del Proyecto PAIDEIA, el ahondamiento abisal de su *posibilidad ética*; si volviésemos a estar en cualquiera de las paradas de aquel peripato en que me di, o nos dimos a la pux, como *Pedroza cerca de Leyden*, aquellos textos cuyos resquicios perseveraban en ser, Quedan, de un lado, los *textos*, que podemos volver a leer, en sus decaras —pues leer se puede sólo en el momento en que se escribe; lo demás es todo traducción del lenguaje en sí mismo—, con extrañeza o nostalgia, o con mera curiosidad, historiográfica o crítica, pero que no podremos ni olvidar ni *desatribuir* (que no queríamos desapropiar, pues sus luces y sus sombras ya son unas, y los derroches se se adquieren, de esos textos, no tendríamos otro usufructo que el deber de testarse, una vez y otra, en los arduos imperios de la perfecta distancia), textos, algunos, cada uno mañana reingresar en su deseado, asumida tradición, como en las *cartas abiertas* de Omar Pérez, a Carlos Aldana una [...], reinscribiendo por el fragor del monólogo político que no cesa, en el *ciudadano* tiene para elegir la revolución, o el anatema, en el terreno, vasto, que los separa habrá siempre lugar para un indiferente anonimato. “Revolución”, ya ha sido dicho, es condición histórica, no escudo de armas para ser empotrado en los muros de la ciudad tomada, es campo para las mutaciones, no laboratorio para las mutaciones, no Bruno Rodríguez, [...] distribuir los dones y los nombres de la revolución no es una laboratoria de nadie, o lo es de todos [...].” Es la capacidad de pensar, la que [...] no pretende modificar, así sea modestamente, el cuerpo de la historia [...]] significa reavivar los únicos de los “apolíticos” y el intinto de conversión de los “modestos profesionales”. A las respuestas que no son [...].] los únicos posibles, queremos oponer, no la resignación que anuncia precozmente la muerte de la sensibilidad moral, sino el distanciamiento; tan arduo es oter que el espécífico renuncie a su hábil somolencia como inútil pretender desmentir al hombre que ha hecho de la inexactitud un modo de vida [...].] De lo ro, los recuerdos; se pague por perseverar en ser su dividida: todo recuerdo se proclama fiel al tiempo de lo que, secretamente, se quiere (sabiendo ya) libre. ¿Por qué me recuerdo ahora, en que me siento a caminar, por ellos, con Jorge Ferrer, tras mi primer y último regreso a Cuba, en el otoño del 93, en aquella como “casa de vivir”, en algún punto entre la intersección de Calzada del Cerro y Rancho Boyeros y la Plaza de la Revolución, que ya no sé o pretendo jamás de quién era, leyendo yo, mientras se cocinaba alguna pasta, a Lenin (“Sobre las cooperativas”, terapia por extrañamiento de quien venía de regresar, entre incauto y ahito, de la abundancia, sumido él, me cuenta ahora, en sus “lecturas sueltas”, porque aquellos, me dice, fueron “sus tiempos cubanos”; Jorge Ferrer, quien fue a recibir al seropo a aquella cubierta de alter ego compartido, pasado de peso y sacado de paso, con otro —dice hoy, con perspicacia que se me habría escapado incluso ayer— “a poder intuido y perdido”, o con Omar Pérez, en el portal de la Inscrpción Francesa, en la calle C, el día, o al otro, en que saliera en *Juventud Rebelde* algún artículo sobre “Tercera Opción y su inserción en el Proyecto de Programa Socialista Democrático (“A caballo regalado no se le mira el colmillo”, 16 de febrero de 1992; exactamente cuatro años después de que se inaugurase, oficialmente, el Proyecto PAIDEIA en el “Carpentier”, coincidencia en la que acabó de reparar por primera vez en *dieciocho años*), entre sorprendidos y alentados por la noticia (¿acaso no había en aquellas palabras, de amenazas menos que de condena, un tímido acuse de recibo, alguna esquiva aceptación de nuestra invitación al diálogo?) y liberados por la evidencia de que alguna vez se había cruzado, lo que llegaba a su final la tregua y se nos encimaba, haciendo, la hora de *distanciarnos del ilegítimo* y de la *inexactitud*, esas dos otras opciones, *compuestas* a cualquier paisaje, de la que la tercera que queríamos *eleger a ser* halló su expresión precisamente *más exacta* y menos *escueta* no en el lenguaje programático de “Tercera Opción: Una alternativa democrática por la independencia económica, la soberanía política, la justicia social y los derechos del hombre”, sino en el epigramático de la “Carta abierta al Director de *Juventud Rebelde*”, o con César Mora, en casa de Tanya... ¿O se desolaba Tania? He olvidado su apellido, apenas recuerdo el rostro, su delgada, su voz, la casa ordenada y tranquila; se me escabrosa suave, precozmente cómplices, pedagógicamente distantes. Nunca le pregunté a César, quien me la presentara como si ella y yo estuviésemos reencuentrándonos, hermanos o primos separados por algún accidente que ha sido apenas, de dónde venía y por qué yo sólo me podía confiar en ella (fue en su casa de Centro Habana donde se firmó el pacto de nacimiento, pacioso, discretamente, el largo, rumoroso pacto de Tercera Opción, y si su nombre y su nombre no aparecen al pie de ninguno de esos documentos fue por una decisión compartida de protegerla, no de excluirla). Tampoco pregunté, cuando dejamos de verla, al menos juntos, por dónde andaba, ni siquiera por qué había desaparecido... o con César, otra vez, en los días angustiosos, felices, secuestrados... del golpe de estado de agosto del 11, celebrando, en un parque del Vedado, la noticia del regreso de Gorbachov a Moscú, abrazándonos en la declaración de Maniuel Moreno Fraginals, en su casa de la Primera Avenida, en Miramar, *pegado al agua*, mostrándole yo alguna “exposición de principios”, algún “llamamiento”, alguna “carta abierta”, apostando a su aprobación, salvando ante la posibilidad, remota pero inmediata, de irme de lo que con su firma, oyéndolo decirme que alguna vez había estado él en mi lugar, que ojalá no me tocase, a años luz de aquel encuentro en la sempenumbra de una casa plantada en los patios mismos del sol, estar en el suyo... Manuel Moreno Fraginals, a quien vi por azar y por última vez, sino me veía, sino que me recordara (¿cómo iba...), comprando un billete de lotería en el 7-Eleven, en Calle Cocho y Salzedo, en Miami... Entre la tarde o la mañana del verano de 94 que viviera a estar y salir de un 7-Eleven (en el 94 ya todos nos hablamos *ido*; —algunos, saliendo del país; otros, quedándose en él—, apenas transcurrieron cinco años. Con la excepción de Armando Siles Cobán y Reina María Rodríguez, o no conocía, o conocía de lejos, al resto de quienes serían mis compañeros de PAIDEIA, Tercera Opción, el Proyecto de Programa Socialista Democrático. Cinco años que, a diecisiete o doce de distancia, siguen siendo el espacio *común* de nuestra única contemporaneidad *natural*, la de aquellos azares, orígenes, reencuentros, a los que no olvidaré, aunque sea imposible—; memorias colectivas e inconfesables.)

VI
Habrá que volver, no obstante, en ocasión como ésta (reencuentro del archivo con la plaza) a intentar responder a la pregunta no sólo por los medios en aquel entonces posibles e imaginables, y de los que estos textos (y las contribuciones que al museo o la cátedra estos textos inspiran), sino sobre todo por los fines, últimos y primeros: ¿qué quería PAIDEIA?; es decir, ¿qué quería cada uno por nosotros?, o mejor ¿qué quería cada uno en PAIDEIA y qué podía quer PAIDEIA en nosotros? ¿reinvención en la Revolución o cultura en la cultura? -6- A lo primero, en todo caso, no habría podido llegarse sino de lo segundo, independencia que lo primero no corrompiera sus fines; no con medios sin escrúpulos, sino sin miradas... Era la dependencia institucional pactada, por la que se pronunciara PAIDEIA, voluntad de inserción de un paladar en su lengua (en busca de la perfecta equidistancia entre la mutua presuposición y la respectiva autonomía que entraña tal relación y de su superación) o deseo de ruptura que suprima sus fines últimos en la buena conciencia de sus medios? ¿Apuesta táctica sin baza estratégica o salto —en cámara lenta— mortal? ¿Autoabolición de los medios —la cultura como esfera, simbólica, de actividad reproductora a través de la creación—, a imagen y semejanza del sueño del Estado revolucionario, en los fines—, la cultura como vida, o mejor, la vida sin más como único estado posible y sustentable, de Cultura— desde una identidad, si no redundante o impertinente desde el punto de vista institucional y oportocultural allí donde lo que escaseaba no era el espacio de la cultura sino su *tiempo*, es decir, sus usos, partido político allí donde estaba prohibido formarlo), si condición necesaria para aquello por lo que apostaban, al menos, algunos de nosotros, y hacia lo que gravitaban, al menos, algunos de nuestros postulados: romper el nefasto ciclo revolución-contra-revolución (y sus respectivos excesos) y acceder a lo total en lo continuo, allí donde único se cruza y entrelaza y se decide (el deterioro, desfiguración o fracaso sin vuelta de todo modelo —incluido el modelo de socialismo, o los modelos, que se han ensayado en Cuba—, tiene entre sus causas la resistencia de la cultura immanente heredado, su escépticismo refractario —que se resuelve como inmadurez histórica que pasa, o se hace pasar, por idiosincrasia de una identidad—, hacia todo fin último, la impaciencia, y precariedad, de los medios)—, allí donde único se cruza y entrelaza y se decide todo, es decir, la cultura, ya no como “cultura”, ya no como “sector” o “esfera” o “actividad”, sino como totalidad posible, immanencia transubstanciada. Al fracaso de la idealidad de las abstracciones del bien (libertad, democracia, derechos humanos)—es decir, por la irrealización de los fines últimos, la corrupción de los medios de que se dota su búsqueda; irrealización consumada por el propio triunfo, en el empírico, de su única posibilidad, pues libertad, democracia y derechos humanos dejan de ser, desde hace más de dos siglos, máximos ideológicos para convertirse en mínimos políticos, condición necesaria pero no suficiente de la viabilidad, moral y práctica, de todo proyecto de vida pública— se resigno con el triunfo de la idealidad de las abstracciones del mal (“represión”, “dictadura”, “violaciones de los derechos humanos”) y, en el caso de Cuba, ese extraño, persistente fenómeno de autoexomención refleja, “Castro” —¿se ha preguntado alguno de los *rominalistas* de la tercera generación, no la de “los primeros años” ni la del Maríel, sino la de los “thijos desencantados” de la *Revolución*, por lo patético o lo inútil que resulta transformar, de la noche a la mañana, a “Fidel” en “Castro”, como si al decir “mi” se propiciara toda posible participación culpable en la fallida, o venida a menos, versión del bien? y así se semejanse triunfo y su exorcizo beneficiario, el mal, pudiese no ya sólo ser revertido sino también explicado al margen y fuera de toda relación, precisamente, con el bien fracasado pero, no debería olvidarse, aún defendiendo, con su propio pacto con el mal, su derecho al absoluto? -7- ¿Fue la generación PAIDEIA, llamémosla así, un espejismo histórico o un aborto de las circunstancias? Antes de adelantar una respuesta, dejemos que la lectura de los textos que aquí se presentan, es decir, su reescritura aunque no su traducción, confirme la validez de la pregunta y, quizás, aunque a insinuar una de las respuestas posibles: que PAIDEIA *halló una última encarnación*, poética si no técnica, utópica si no programática, una posibilidad de renovación, o mejor, de *rehundación*, del proyecto revolucionario (re fundación que no puede dejar de presuponer la superación de las condiciones de lo revolucionario como catacismo), en pareja enemistad con el continuo que se legitima a sí mismo en el mero hecho de prolongar su existencia y con la restauración que autoproclama su triunfo, y su legitimidad, en el mero hecho de recrear las condiciones de su próxima defunción.

VII
De la indisposición para leer estos textos, es decir, para rescribirlos; 2) será más exacto decir de la indisposición que se sienta al leerlos? o de la reticencia de hacerlo desde otro lugar que no sea el displicente hastío de quien no puede ya ver en ellos sino las actas clínicas de un episodio juvenil, siempre a medio curar entre el precoz y lo anacronico, no podremos desprendernos con las rasposas de un anecdótico (o mejor, un autocentismo) a la vez interesado y desdeseoso, como si las peripicias de la vida familiar o de la amistad colegiada hubieren sido la única, si no la mejor, ocasión de unión, al margen o por encima de la iniciación, salustifera a la vez que traumática, en los trajines de la vida pública, como si la única unidad posible entre la historia, esta historia, y sus agentes (la única amistad posible entre cicatriz y herida) fuese esa suerte de compusión en el reconocimiento del fracaso, tanto del mal enfrentado como del remedio prescrito, como si el único futuro posible, después de todo, espejo del pasado que no pudo haber sido, fuese el que describe Stanley Fish a propósito de las aporías de Francis Fukuyama sobre la relación entre jhades de estos tiempos o Islam (me permito citar un extracto): “(...) in the long run, Islam will be no threat, because then, but who will not insist that such metaphysical concerns structure the public realm (...) Whenever I read arguments like Mr. Fukuyama's I think of “Die Hard”. In that 1988 movie, you may remember, a Los Angeles skyscraper is taken over just before the end of the working day. For much of the movie we are allowed and even encouraged to think that Alan Rickman's character Hans Gruber and his not-so-merry crew are doing what they are doing in the name of some cherished cause. But then, sometime after the midpoint, we learn that they are just doing it for the money. They are not ideologues, acting out an allegiance to a creed or to a program of liberation; they're crooks. And once we know that we can stop thinking about their motivations or anything else and sit back and enjoy what we came to see—Bruce Willis (as John McClane) killing everyone in his sight. That's a movie you can watch without straining yourself. No faithful warriors calling (on their own faith), just a bunch of bad guys. But we are not in a movie.” -8-

De lo que se trata, precisamente, no es de volver a pensar lo mismo, valga el oxímoron dos veces (pensamiento único, pero Nuevo, contra pensamiento único, pero anquilosado), sino de no dejar de pensar. Pues el problema, para parafrasear a Stanley Fish esta vez, no es tanto que en aquel entonces, *back then*, no hayamos estado en una película. El problema es más bien que, aquellos textos, destilándonos esta carta abierta, minabamos ese manifiesto, apurábamos aquella proclama,—por impaciencia, primero; por ignorancia, siempre; casi por miedo, después: el de querer, a deshora, salvar el pellejo cuando se está ya en carne viva—; creyendo, actores no profesionales a la vez que espectadores; que hasta la mitad de la película lo hacíamos embriagados por algún contagio, aunque genérico, ideológico, y, que descubierta el embuste, se siguió haciendo por una suerte de deformación profesional, el lenguaje de la política puede mostrar tanta adicción a repetirse a sí mismo —como si del conjunto de sus ajetados finales dependiera menos su eficacia que su legitimidad—, como el lenguaje “de la diferencia” a metamorfosarse hasta el extravío (que no hasta su pérdida), como si no hubiera verdad que sobreviviera a su mera formulación; el problema, y la buena suerte de tener sólo la necesaria, es que ahora tampoco lo estamos.

Nueva York, mayo de 2006. ■

NOTAS
1. Adorno, Theodor. *Mínima Moral: Reflections from Damaged Life*. Trans. E.F.N. Jephcott. London: Verso, 1974, 121-122. *Verano*, Adorno, Theodor W., *Mínima moral: Reflexiones desde la vida dañada* (Versión castellana de Joaquín Chamorro Mielke), Turis, Madrid, 1998, págs. 121. Curioso que en la traducción francesa de la misma obra se hable, en el subtítulo, de “vie morale”. Véase *Mínima Moral: Reflections from the Verso*, 1974. Véase Adorno, Theodor W., *Mínima moral: Reflexiones desde la vida dañada* (Versión castellana de Joaquín Chamorro Mielke), Turis, Madrid, 1998, págs. 121. Curioso que en la traducción francesa de la misma obra se hable, en el subtítulo, de “vie morale”. Véase *Mínima Moral: Reflections from the Verso*, 1974. Véase Adorno, Theodor W., *Mínima moral: Reflexiones desde la vida dañada* (Versión castellana de Joaquín Chamorro Mielke), Turis, Madrid, 1998, págs. 121. Curioso que en la traducción francesa de la misma obra se hable, en el subtítulo, de “vie morale”. Véase *Mínima Moral: Reflections from the Verso*, 1974. Véase Adorno, Theodor W., *Mínima moral: Reflexiones desde la vida dañada* (Versión castellana de Joaquín Chamorro Mielke), Turis, Madrid, 1998, págs. 121. Curioso que en la traducción francesa de la misma obra se hable, en el subtítulo, de “vie morale”. Véase *Mínima Moral: Reflections from the Verso*, 1974. Véase Adorno, Theodor W., *Mínima moral: Reflexiones desde la vida dañada* (Versión castellana de Joaquín